

DE LA AUTORA DE *ECONOMÍA CANALLA*

LORETTA NAPOLEONI

EL FÉNIX ISLAMISTA

EL ESTADO ISLÁMICO Y EL REDISEÑO DE ORIENTE PRÓXIMO



Desde su aparición a finales de los noventa como aspiración yihadista del líder terrorista Abu Musab al Zarqawi, el Estado Islámico se ha transformado en una imponente empresa que trastoca las fronteras de países de Oriente Próximo e impone su brutal marca de la sharía en una extensa superficie geográfica. En *El fénix islamista* Loretta Napoleoni, especialista en terrorismo de fama internacional, demuestra que a pesar de que los medios occidentales nos dan una imagen devaluada del Estado Islámico, casi como una banda de matones con una racha de victorias, el auténtico planteamiento de la organización es un nuevo modelo de nacionalismo.

A Giuseppe. Gracias por tu apoyo

NOTA SOBRE LA TERMINOLOGÍA

El ascenso al poder de la organización armada que en junio de 2014 adoptó el nombre de Estado Islámico ha sido rápido y pasó desapercibido, en gran medida, hasta hace poco. En los últimos años, el grupo ha cambiado de nombre varias veces. En origen formaba parte de al Tawhid al Yihad, la organización de Abu Musab al Zarqawi. Más tarde se convirtió en Estado Islámico de Irak (ISI por sus siglas en inglés) y finalmente se unió a Al Qaeda de Irak. En 2010, Abu Bakr al Bagdadí se convertía en su líder, y el grupo recuperó su anterior denominación de Estado Islámico de Irak. En 2013, tras su fusión con una sección de Jabhat al Nusra, grupo yihadista sirio afiliado a Al Qaeda, la organización tomó el nombre de Estado Islámico de Irak y Levante (al Sham), más conocido por las siglas inglesas ISIL o ISIS^[1]. Finalmente, poco antes de la proclamación del califato, el ISIS se convertía en el Estado Islámico. Pero desde un principio, en Siria, y actualmente también en Irak, al grupo se le conoce simplemente por *al Dawlat*, el Estado.

Cada uno de estos nombres coincide con evoluciones drásticas e importantes cambios en la vida de la organización. En este sentido, la semántica del Estado Islámico constituye una pieza complementaria del rompecabezas político de Oriente Próximo que Occidente y el mundo se esfuerzan por recomponer.

El nombre de al Tawhid al Yihad, que suele traducirse como monoteísmo y yihad, significa que Dios lo es todo y está en todas partes; la vida solo puede existir bajo su ley. En consecuencia, los musulmanes consideran al Estado Islámico histórico el primer califato, obra en el siglo VII del profeta Mahoma y sus compañeros, una sociedad perfecta gobernada por mandato divino. En otras palabras, se le conceptúa como expresión política de la voluntad divina. Hoy, el gesto distintivo de al Tawhid, apuntar con el dedo índice al cielo, se ha convertido en saludo casi oficial del Estado Islámico contemporáneo.

La evolución de al Tawhid al Yihad a Estado Islámico de Irak se enmarca en el intento del grupo armado de al Zarqawi de actuar en Irak, limitando la yihad a ese país a modo de trampolín para restablecer el califato. De igual modo, la decisión de al Bagdadí de añadir los vocablos «al Sham», antigua denominación de Damasco y territorios circundantes a partir de los cuales gobernaron los primeros califas, representa un paso adelante respecto al de su predecesor y señala el comienzo de un esfuerzo de expansión de fronteras para lograr el objetivo final de la organización: la reconstrucción del califato.

El surgimiento del Estado Islámico, última denominación adoptada por el ISIS un día antes de la proclamación del establecimiento del califato, marca una nueva fase importante en la construcción de la nación, el proceso de recrear las circunstancias que en el siglo VII condujeron a la fundación de la sociedad islámica ideal.

Actualmente, los medios occidentales y los políticos utilizan diversas denominaciones para referirse a la organización armada dirigida por al Bagdadí. La Casa Blanca y Downing Street emplean la de ISIL, mientras que los medios de comunicación estadounidenses optan por ISIS. La red pública de radiodifusión estadounidense prefiere, sin embargo, la de Estado Islámico, y en Australia los medios han adoptado el término de Grupo del Estado Islámico

para no dar la impresión de que se trata de un estado y no de una organización armada. En inglés, suenan mejor, en general, las siglas ISIS e ISIL, que IS. La razón de la renuencia de los políticos a emplear la palabra «estado» es el recelo a reconocer, pese a que sea únicamente en una palabra, la reivindicación del Estado Islámico de no ser una organización terrorista sino un estado legitimado por una guerra de conquista y consenso interno.

Empleo en el libro el término Estado Islámico ya que así se ha definido recientemente el grupo y es muy probable que se le siga conociendo por ese nombre. En mi opinión, el término Estado Islámico conlleva un mensaje mucho más realista para todo el mundo que el de ISIS o ISIL. Un mensaje que expresa la determinación del grupo de llegar a la creación, en pleno siglo XXI, de una versión del califato histórico. Emplear siglas menos explícitas, tal vez por motivos propagandísticos, para ocultar la auténtica naturaleza del Estado Islámico, de nada servirá para hacer frente a su amenaza real. Lo más probable, por el contrario, insisto, es que nos impida desarrollar una estrategia adecuada para llevar la paz de una vez por todas a Oriente Próximo.

INTRODUCCIÓN

Por primera vez desde la Primera Guerra Mundial, una organización armada está trastocando el mapa de Oriente Próximo trazado por Francia y Gran Bretaña. Con su guerra de conquista, el Estado Islámico (EI), previamente conocido por Estado Islámico de Irak y Levante (al Sham), ISIL o ISIS, borra las líneas fronterizas trazadas en virtud del Acuerdo Sykes-Picot firmado en 1916. Hoy en día, la bandera negra y oro del EI ondea sobre un territorio mayor que el del Reino Unido o Texas, desde la orilla del Mediterráneo en Siria hasta el corazón de Irak, el área tribal suní. Desde junio de 2014, esta región es conocida como Califato Islámico^[2], denominación extinguida con la disolución del Imperio otomano por obra de Atatürk en 1924.

Muchos observadores occidentales ven en el Estado Islámico, igual que antes en Al Qaeda, una organización anacrónica que pretende retrasar el reloj de la historia. Efectivamente, refugiados sirios e iraquíes han descrito un modo de gobernar a semejanza del de los talibanes. Se ven carteles prohibiendo fumar y utilizar cámaras fotográficas; las mujeres tienen prohibido ir solas por la calle y debe acompañarlas un familiar varón; en público, deben mostrarse cubiertas y no vestir pantalones^[3]. Al mismo tiempo, el Estado Islámico parece decidido a efectuar una especie de limpieza religiosa con su proselitismo agresivo. Los habitantes de su territorio que no huyen han de adop-

tar el salafismo radical si no quieren correr el riesgo de ser ejecutados.

Desde su aparición en el escenario global, el califa Abu Bakr al Bagdadí, líder del EI, ha sido comparado con el Mulá Omar de Al Qaeda. Comparación que, por ironía, es muy posible que haya inducido a la inteligencia occidental a subestimar tanto a él como a su organización armada. A pesar del enfoque aparentemente medieval de la ley y el control social, es un error considerar esencialmente retrógrado al EI. Mientras que el universo talibán se reducía a escuelas coránicas y conocimientos basados en los escritos del Profeta, el caldo de cultivo del Estado Islámico ha sido la globalización y la tecnología moderna.

Lo que diferencia a esta organización de otros grupos armados expoliadores –incluidos los que operaban durante la Guerra Fría– y lo que explica su enorme éxito es su modernidad^[4] y pragmatismo. Sus dirigentes demuestran un conocimiento sin precedentes de las limitaciones a las que se enfrentan los poderes contemporáneos en un mundo globalizado y multipolar. El EI supo ver, por ejemplo, mucho antes que nadie, que la intervención de una coalición extranjera, como la de Libia o Irak, no iba a ser posible en Siria. Con esta premisa, la dirección del Estado Islámico ha sabido explotar el conflicto sirio a su favor y casi sin que se percibiera: una versión contemporánea de la tradicional guerra intermediada con numerosos inductores y muchos grupos armados. Debido a su deseo de un cambio de régimen en Siria, Kuwait, Qatar y Arabia Saudita, han financiado alegremente una plétora de organizaciones armadas entre las cuales el EI es una más. Pero, en vez de hacer la guerra deseada por su patrocinador, el Estado Islámico ha empleado el dinero para establecer sus propios enclaves territoriales en regiones financieramente estratégicas, como los ricos campos petrolíferos del este de Siria. Ninguna organización armada de Oriente Próximo había prosperado en el gobierno de una región gra-

cias a la ayuda de los acaudalados patrocinadores del Golfo.

En agudo contraste con la retórica talibán, y pese al brutal trato que da a sus enemigos, el Estado Islámico va difundiendo un mensaje político que arraiga en el mundo musulmán, positivo en parte: el regreso del califato, una nueva época dorada del Islam. El mensaje llega en un momento de intensa desestabilización en Oriente Próximo, con Siria e Irak en llamas, Libia al borde de un nuevo conflicto tribal, Egipto agitado y con un gobierno militar e Israel una vez más en guerra con Gaza. Por ello, el renacer del califato con un nuevo califa, al Bagdadí, para muchos suníes, no es la simple emergencia de un grupo armado más, sino el de una nueva y prometedorá entidad política que surge de las cenizas de décadas de guerra y destrucción.

El hecho de que esta ave fénix islamista se hiciera realidad en 2014, precisamente el primer día del Ramadán, el mes sagrado de ayuno y oración, debe considerarse como un poderoso presagio del reto que el Estado Islámico plantea a la legitimidad de los cincuenta y siete países de población mayoritariamente islámica. Como dijo el portavoz del El Abu Mohamed al Adnani, «la legalidad de todos los emiratos, grupos, estados y organizaciones queda anulada a merced de la expansión de la autoridad del califa y la llegada de sus tropas a los territorios». Reto planteado por un estado moderno que cuenta con un ejército moderno y que retrotrae su legitimidad a la primera expansión territorial del Islam en la Arabia de los siglos VII y VIII.

Esta auténtica amenaza es particularmente sensible en los países fronterizos de Siria e Irak. En julio de 2014, la bandera del Estado Islámico ondeaba en las aldeas jordanas, y en agosto millares de militantes del Estado Islámico penetraban en el Líbano desde Siria y tomaban la ciudad de Arsal. A partir del lanzamiento de esta ofensiva, incluso los primeros patrocinadores sienten temor ante el poder

militar del califato: a principios de julio Arabia Saudita desplegó treinta mil soldados en su frontera con Irak cuando el ejército iraquí se retiró de la zona.

Pero el tinte religioso y las tácticas terroristas ocultan una máquina política y militar plenamente dedicada a crear una nación y, lo que es más sorprendente, a obtener el consenso al hilo de sus conquistas territoriales. La población de los enclaves controlados por el califato asegura que la llegada de los combatientes del El marca una mejora del funcionamiento cotidiano en las aldeas. Los combatientes del El arreglan las carreteras, organizan comedores populares para los que han quedado sin techo y aseguran el suministro diario de electricidad^[5]. Con ello, el El da muestras de cierta comprensión del hecho de que en el siglo XXI no se pueden crear nuevas naciones simplemente por medio del terror y la violencia. Para triunfar necesita el apoyo popular.

Si territorialmente el plan consiste en restablecer el histórico califato de Bagdad –entidad que en su apogeo se extendía desde la capital de Irak hasta el actual Israel, antes de ser destruida por los mongoles en 1258–, políticamente el objetivo del Estado Islámico es moldear su reencarnación en el siglo XXI. En su discurso, el nuevo califa al Bagdadí prometía devolver a los musulmanes la «dignidad, la fuerza, los derechos y el liderazgo» del pasado, y pidió que se unieran a él médicos, ingenieros, jueces y especialistas en jurisprudencia islámica^[6]. Mientras hablaba, un equipo de traductores difundía por todo el mundo el texto del discurso casi en tiempo real, a través de redes yihadistas, Facebook y Twitter, y en varios idiomas, entre ellos inglés, francés y alemán^[7].

Muchos ven como principal propósito del Estado Islámico ser para los musulmanes suníes lo que Israel representa para los judíos: un estado en su tierra ancestral, puesto al día; un poderoso estado religioso que los protege estén donde estén. Por muy chocante y repulsiva que

la comparación pueda parecer, no deja de ser un fuerte mensaje dirigido a los jóvenes musulmanes sin futuro que viven en el vacío político creado por factores inquietantes como la corrupción, la desigualdad y la injusticia de los estados musulmanes actuales; la despiadada dictadura de Bachar El Assad; la negativa por parte del gobierno de al Maliki a integrar a los suníes en el tejido de la vida política iraquí y dejar de perseguirlos políticamente; el fracaso en restablecer la infraestructura socioeconómica destruida durante la guerra; y la elevada tasa de desempleo. Es un mensaje que cala y es a la vez tentador para quienes viven en el extranjero, jóvenes musulmanes sin futuro de Europa y Estados Unidos que a duras penas logran integrarse en una sociedad occidental que ofrece cada vez menos oportunidades a las generaciones jóvenes. Ninguna organización armada ha demostrado mayor perspicacia e intuición política en correlación con las políticas de los países de Oriente Próximo y la frustración de los emigrantes musulmanes en todo el mundo. Ninguna organización armada ha sabido amoldarse con tanto éxito a factores contingentes como son dotarse de infraestructura socioeconómica básica y de la participación comercial de la autoridad local de los territorios que controla en su esfuerzo por la construcción de una identidad nacional.

La jefatura del EI ha analizado bien las tácticas y la estructura de otros grupos armados, aplicando las lecciones en un nuevo contexto. Al igual que las organizaciones armadas europeas de las décadas de 1960 y 1970, como las Brigadas Rojas de Italia o el IRA irlandés, el Estado Islámico sabe apreciar el poder de la «propaganda del miedo», y ha hecho gala de su maestría utilizando las redes sociales para difundir entre audiencias locales y globales esmerados vídeos e imágenes de sus actos atroces. Que el miedo es un arma de conquista mucho más poderosa que los sermones religiosos es un hecho que Al Qaeda no supo entender. El Estado Islámico sabe apreciar que la violencia

extrema vende como noticia: en un mundo sobrecargado de información, el ciclo ininterrumpido de veinticuatro horas de emisión de noticias exige cada vez mayor número de imágenes; esto explica el exceso de vídeos con castigos y torturas brutales subidos a la red en formatos susceptibles de ser visualizados en los móviles. En nuestra sociedad voyerista y virtual, el sadismo con envoltorio atractivo se ha convertido en espectáculo.

El Estado Islámico ha aprendido también la lección del poder de la propaganda ajena aplicada a su tierra. Ha analizado la maquinaria propagandística de los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido para justificar el ataque preventivo a Irak en 2003. Tomó nota en particular del discurso ante el Consejo de Seguridad de la ONU del 5 de febrero de 2003 del secretario de Estado Colin Powell, a quien se atribuye la invención del mito de Abu Musad al Zarqawi para justificar la invasión de Irak. Gracias al empleo masivo y altamente profesional de las redes sociales, el Estado Islámico ha generado a su vez falsos mitos para ganar prosélitos, reclutar combatientes y recaudar fondos a lo ancho del mundo musulmán.

Factor crucial en el éxito de esta estrategia es la maraña de secretismo y mito cuidadosamente tejida en torno al líder del EI, Abu Bakr al Bagdadí. En nuestro mundo saturado de información, el misterio desempeña también un papel importante en el estímulo de la imaginación del público. Cuanto más se oculta algo, más se atiza el deseo de descubrirlo, y cuanto menos se sabe, más se da pábulo a la imaginación. Basta con ofrecer al público unos video-clips para que por sí mismo complete la historia a su manera. La publicidad moderna ha construido una industria de miles de millones de dólares sobre conceptos simplistas. La propaganda del Estado Islámico los utiliza ahora para fabricar el mito de al Bagdadí y el nuevo califato. El fundamento del Islam es la incógnita del regreso del Profeta. Por ello, al mismo tiempo que el EI aterroriza a Occi-

dente con asesinatos bárbaros y repugnantes, a sus seguidores musulmanes les hace creer que el Profeta ha regresado encarnado en al Bagdadí. Lo sorprendente es que nos sorprendamos.

Con el palo de la violencia, la sharía y la zanahoria de las redes sociales propagandísticas y de una serie de programas sociales populares destinados a mejorar las condiciones de vida de la población suní atrapada dentro del territorio del califato, el El demuestra su enorme pragmatismo. (También en este sentido se diferencia de Al Qaeda). Si esta estrategia tiene éxito, la comunidad internacional se verá obligada a hacer frente a un nuevo escenario en la historia del terrorismo y el nacionalismo. Digamos que el Estado Islámico habrá aportado una solución factible al «dilema del terrorismo», reto definitivo del estado moderno.

El estado moderno debe, en efecto, decidir si considerar los actos terroristas como una amenaza a la seguridad nacional o a la ley y al orden. El dilema surge de la doble responsabilidad del estado moderno: proteger a sus ciudadanos de enemigos externos y delincuentes internos. Los grupos armados pretenden derrocar los estados establecidos y plantean una amenaza a la seguridad nacional; el propósito, por ejemplo, del El es liberar los territorios del antiguo califato de Bagdad del gobierno déspota chií y anexionarse Jordania e Israel para restablecer la entidad de un Estado Islámico. Pero los grupos armados utilizan medios delictivos para alcanzar sus fines y, en el caso de Al Qaeda y el Estado Islámico, medios bárbaros como el de suicidas que detonan explosivos y la crucifixión del adversario. Hasta la guerra contra el terror de Bush, los estados venían considerando el terrorismo una forma de delito, es decir, una amenaza a la ley y el orden, y lo reprimían por medio del poder judicial. Incluso cuando Bush calificó a Al Qaeda de amenaza a la seguridad nacional, sus activistas quedaban bajo la consideración de combatientes

ilegales sin concederles el estatus de enemigos. En consecuencia, podemos definir el terrorismo como un delito con propósito bélico^[8].

Sin embargo, si el Estado Islámico, utilizando el terrorismo como medio para hacerse con el control de territorios, y reformas políticas y sociales para ganarse el consenso popular, logra la construcción de un nuevo estado, un estado que el mundo quede obligado a reconocer, habrá demostrado lo que todas las organizaciones armadas reivindican: que sus miembros no son delincuentes sino enemigos empeñados en una guerra asimétrica para derrocar regímenes ilegítimos, tiránicos y corruptos.

Escribo este libro mientras prosigue la guerra de conquista del Estado Islámico, siguiendo de cerca las noticias. Como el conflicto aún durará lo suyo, mi propósito es dar respuesta a cuestiones clave sobre la naturaleza y los objetivos del Estado Islámico y el califato; no predecir el resultado del conflicto, sino ayudar al lector a entender su verdadera índole. La conclusión que se plantea de entrada es que, a partir del 11-S, el negocio del terrorismo islámico, en vez de disminuir, va en aumento (al extremo de que ahora ha invadido el ámbito del nacionalismo), gracias sencillamente a mantenerse a la altura de un mundo de rápidos cambios en el que la propaganda y la tecnología desempeñan un papel vital cada vez más importante. No puede decirse lo mismo de las fuerzas empeñadas en impedir su expansión.

Prólogo

¿UNA NUEVA VARIEDAD DE TERRORISMO?

En los últimos tres años, el Estado Islámico ha obtenido éxitos sin precedentes. Con medios brutales y una aguda percepción, quizá logre lo históricamente imposible: la reconstrucción del califato. En la época posterior a la Segunda Guerra Mundial no hubo ningún grupo armado que lograra ganar un territorio tan extenso. En su mejor momento, la OLP, con gran margen la mayor organización armada en Oriente Próximo, controlaba solo una fracción de territorio comparado con el que actualmente domina el Estado Islámico. Este logro suele considerarse consecuencia del conflicto sirio, que se interpreta como incubadora de una nueva variedad de terrorismo.

Efectivamente, en plena guerra civil siria posterior a la Primavera Árabe, plagada de sus propios islamistas insurgentes, Siria se presta a una narrativa oportuna que permite descartar cualquier idea de amenaza común que relacione al Estado Islámico con el 11-S y la invasión de Irak en 2003. Occidente y el mundo entero se aferran desesperadamente a la idea de que no hay precedente histórico al horrible presente de Irak y Siria y de que no somos responsables de lo que sucede en Oriente Próximo. Por ello, al contrario que las tropas harapientas de Al Qaeda